

Por qué decir NO

a las niñas y los niños

La experiencia nos demuestra que muchos padres (madres y padres) tienen una gran dificultad

para decir «no» a sus hijos. No hace mucho, la madre de un niño señalado como «hiperactivo», me decía compungida: «Se me parte el alma cuando tengo que negarle algo a mi hijo. Bastantes penurias pasé yo. Pobrecitos mis padres que no pudieron darme todo lo que ellos hubieran querido».

Cuando un adulto, especialmente una madre o un padre, pero también con frecuencia, los educadores, se ve interpelado por la demanda de un niño, es muy normal que reviva, de manera consciente o inconsciente, sus recuerdos infantiles, sus vivencias, el recuerdo de sus padres.

Poner límite a la exigencia, inicialmente insaciable, de los niños y las niñas es una necesidad imperiosa para su buen crecimiento y para una relación sana con los demás.

Pablo García Túnez

Nuestra relación con los niños y niñas nos somete a un continuo revivir nuestra infan-

cia. Nuestra infancia real o imaginada; nuestros padres deseados o temidos. Ésta es una de las razones que pueden hacer difícil negar algo a los niños, en definitiva, ponerle límites a sus demandas y exigencias.

Sin embargo, poner límite a la exigencia, inicialmente insaciable, de los niños es una necesidad imperiosa para su buen crecimiento y para una relación sana con los demás.

La frustración de la omnipotencia infantil es un elemento insustituible para su adecuada estructuración psíquica. Por tanto, decir «no» a un niño cuando es necesario, no sólo es una acción inevitable para la buena educación, sino

que es imprescindible para su organización mental, para el desarrollo de una personalidad equilibrada.

La conciencia de nuestra unidad como individuos, el sentimiento profundo de ser un sujeto, sólo puede adquirirse cuando se toma conciencia de los propios límites. Pero nuestros límites son marcados por los demás. Sólo reconociendo a los otros como sujetos, somos plenamente conscientes de nuestra propia subjetividad.

El niño nace con un rudimentario yo. Pero es un yo que, encerrando en sí potencialidades básicas para la unidad psíquica y para la relación con los demás, está, sin embargo a medio desarrollar, como lo está su cerebro y muchas de sus capacidades físicas y mentales.

Sabemos que, en la crianza de los niños, hay dos pilares básicos sobre los que se asienta el

desarrollo psicológico: el amor y los límites. El amor será el motor de los cuidados, de la presencia, del estímulo, de las atenciones. Los límites que, en definitiva, son otra forma de expresar el amor, representan la realidad, la existencia del otro, de los otros. Escuchar a alguien que nos dice «no», es una constatación contundente de que somos seres limitados.

La aceptación progresiva de los límites deshace la fantasía de omnipotencia que el niño pudo albergar en las primeras etapas de la vida. Esta vivencia de omnipotencia, esta sensación de tener el mundo a sus pies, fue muy necesaria para generar en el niño el sentimiento de autovalía, la seguridad de ser digno de ser amado, de poder confiar en el mundo. Y sólo sobre esta confianza básica puede el niño integrar de manera positiva los límites que la realidad impone y cuyo establecimiento de manera firme y estable deben asumir como tarea padres y educadores.

¿Por qué es necesario decir «no»?

Aunque ya queda dicho sintéticamente, podemos aclararlo un poco más, desarrollando brevemente alguna de las razones que hacen imprescindible el establecimiento de límites en la educación de los niños.

Un motor del desarrollo

La necesidad primero y después el deseo, es el motor de todo el desarrollo. Pero sólo puede desearse algo cuando no se tiene. Cuando se echa de menos. Es decir, cuando

no se tiene, pero, por alguna experiencia previa, por algún sueño, vislumbramos que lo podemos tener. Cuando deseamos algo, ponemos en marcha estrategias de todo tipo para obtenerlo.

Es la ausencia del objeto lo que proporciona al niño la posibilidad de buscarlo. Pero no cualquier ausencia ni en cualquier momento¹. Para que el niño ponga en marcha estrategias, tanto físicas como mentales, para buscar el objeto desaparecido, es necesario que su experiencia le haya permitido elaborar una somera imagen de él y lo haya hecho deseable. Piaget explica cómo el niño puede buscar la pelota que se ha escondido detrás de un mueble, porque ya tiene en su memoria una imagen, aunque sea imprecisa, de ella².

La ausencia breve del objeto, la desaparición momentánea de la «madre», potencia en el niño su capacidad de recordarla, incluso su capacidad de llamarla o de buscarla. La ausencia precavida y dosificada es en definitiva motor del desarrollo del lenguaje, de la psicomotricidad, de los afectos. Esta ausencia es tan importante como la presencia para el desarrollo del niño. Dicho de otro modo, es tan importante decir sí como decir no. Ayudamos tanto al niño cuando le negamos algo como cuando se lo damos. Eso sí, es preciso evitar que el «sí» y el «no» dependa exclusivamente de nuestro arbitrio, de nuestro estado de ánimo, ignorando las necesidades del niño, es decir, negándolo como sujeto. Los adultos, padres y educadores, no estamos completamente inmunizados frente a nuestros deseos caprichosos de omnipotencia infantil.

Reforzando la propia identidad

Al principio, el niño, conforme va descubriendo el mundo, tiene una gran avidez: todo lo quiere, todo le interesa, todo quiere atrapar y, a ser posible, inmediatamente. Tanto y tan inmediatamente que, si algo se demora, puede perder completamente el interés o, por el contrario, provocarle una desproporcionada rabia. Por otro lado, si ya ha conseguido varias cosas en sus manos y se le ofrecen más, pronto dejará caer algunas para tomar otras. Con frecuencia los objetos se hacen intercambiables, porque lo importante es conseguirlos. Su atención y sus demandas se dirigen en múltiples direcciones. Sin embargo, a pesar de esta dispersión, a pesar de este desmembramiento y falta de orientación aparente, el niño muy pronto manifestará preferencias y rechazos. Muy pronto descubriremos en él una tendencia a la unidad psíquica, a la constitución de un yo cada vez más maduro y estable.

Cuando a un niño se le da todo lo que pide y en cualquier momento, no sólo impedimos que desarrolle su deseo, sino que colaboramos a una cierta confusión y dispersión en sus tendencias evolutivas, de tal modo que, en cierto sentido, debilitamos su propia identidad o contribuimos a configurar una personalidad dependiente y voluble. Es importante, por tanto, estar atentos a las necesidades del niño para ayudarlo a construir sus tendencias, sus preferencias, su propia identidad en la medida en que vemos que éstas apuntan hacia un desarrollo sano, aportándole espacios y medios, pero sin suplantar sus necesarios esfuerzos.



Y es importante ayudarle a seleccionar estímulos y objetivos, evitándole una excesiva dispersión que puede colaborar a convertirlo en una persona insegura e inconstante.

Poner límites a un niño es señalarle los contornos de su personalidad, es reforzar su propia identidad³.

El sentimiento de posesión

Hay una primera posición en el desarrollo psíquico de un niño en la que, a pesar de contar éste con un yo rudimentario, existe una fusión tal con el objeto primario, es decir, con la «madre», que es como si los límites de las identidades, del sujeto y el objeto, estuvieran algo difuminados. Esta posición narcisista se traduce pronto en una sensación de posesión⁴.

Si el otro está permanentemente a mi servicio, hasta el punto de adelantarse y adivinar mis necesidades, puede que no sea una extensión de mí mismo, pero evidentemente es algo que me pertenece. Alguien que siempre e inmediatamente atiende mis peticiones, es

alguien cuya existencia tiene como objeto servirme, alguien a quien poseo, a quien difícilmente puedo atribuir sentimientos y deseos propios que no estén en directa relación conmigo.

Ya he comentado en otros sitios que, como señalan importantes estudiosos del desarrollo emocional, este sentimiento, esta vivencia primitiva de posesión absoluta del otro, cumple una función indispensable en el desarrollo psicológico sano, sin embargo, es igualmente indispensable que sea frustrada progresiva, pero firmemente. Conocemos la intolerancia a la frustración que presentan los niños a los que no se ha acostumbrado en su debido momento a recibir un *no* como respuesta. Sabemos los estragos, a veces trágicos, que en la edad adulta pueden derivarse de una educación sin límites al sentido de posesión. El sentido de posesión como el sentido de pertenencia son importantes para la vida, pero es imprescindible matizarlos, de lo contrario, pueden suponer un grave impedimento para las relaciones humanas.

Pero ¿Por qué nos cuesta tanto decir *no* a los niños?

Podemos examinar algunas de las razones por las que padres y, a veces también, profesionales de la Educación, tienen tanta dificultad para negar algo a los niños⁵.

¿Miedo a perder el cariño?

Por una serie de razones que es imposible analizar aquí, a veces los adultos que cuidan de los niños y, de manera muy especial, los padres, pueden sentir miedo a perder su cariño. Algo les hace sentir que el amor de padres a hijos es algo completamente garantizado y que, sin embargo, el de los hijos hacia los padres hay que alimentarlo constantemente por temor a perderlo. Posiblemente haya algo de cierto en esto, ya que finalmente, la definitiva devolución del afecto recibido de los padres se hace hacia los propios hijos. Es algo transgeneracional: El amor que nos dan nuestros padres es una herencia que después pasará a nuestros hijos.

Pero el error consiste en pensar que dando muchas cosas, no negando nada, satisfacemos esa necesidad afectiva y garantizamos su reciprocidad. Es muy posible que, cuando negamos a un niño algo, cuando lo mandamos a la cama a su hora, cuando lo reprendemos por la trasgresión de una norma, éste nos diga: *ya no te quiero*. Ésa es la «gran amenaza» que en la inmensa mayoría de las madres y los padres sólo despierta un sentimiento de ternura. Sin embargo, en determinadas circunstancias, es

posible que un pequeño escalofrío de inseguridad pueda sacudirnos en ese momento, aunque sabemos perfectamente que no existe ese riesgo, sabemos que, si la actitud del adulto es razonable, el niño terminará por comprender e integrará poco a poco las pautas de comportamiento más socializadas y aprenderá a soportar las pequeñas —a veces grandes— frustraciones que la realidad impone a sus deseos.

Un caso particular de este temor a perder el cariño de los hijos se da en los padres separados. Sobre todo cuando se mantiene una crianza muy desigualmente compartida⁶. El progenitor que tiene más permanentemente al hijo se ve obligado a poner normas, negar deseos no razonables, obligar a actividades que exigen esfuerzo, etc. y vive de manera muy injusta que el hijo o la hija vayan con el otro progenitor a vivir sólo momentos gratificantes y de permisividad. Por su parte, el progenitor que convive menos con el niño, piensa que, para unas horas que pasa con él, no va a «enfadarse». Además teme, cosa bastante razonable por cierto, que si tiene un enfado con él, no disponga del tiempo necesario para reconciliarse, con lo cual quede el sentimiento de frustración sin la gratificación del reencuentro. Un tema complejo al que hay que buscar soluciones. Entre tanto, el hecho de poder reconocer estos sentimientos, ya alivia bastante.

Nos identificamos con el niño

En un artículo anterior comenté cómo los adultos, de manera muy especial, los padres, sienten que su propia infancia se remueve al

relacionarse con los niños⁷. Una madre, un padre que revive en su hijo aspectos quizá olvidados de su infancia, se encuentra con frecuencia dirigiéndose en parte al niño o la niña que ellos mismos fueron. Proyectan sobre el hijo parte de lo que ellos fueron o quisieron ser. Por eso, en cierto sentido, decir no al hijo supone de algún modo decirse no a sí mismos. Y ésta es también una razón importante para comprender la dificultad que los adultos tienen para decir no a los niños, para negarles algún deseo, en definitiva, para ponerles límites.

Los sentimientos de culpa

Unos padres me decían con una mezcla de perplejidad y pena: No comprendemos por qué a este hijo, que es el que peor se porta, es al que más caso hacemos y del que más pendientes hemos estado siempre.

Cuando un ser querido exige más y más, hace constantes reproches, demanda continuamente atenciones y se muestra insaciable, remueve de manera muy eficaz el sentimiento de estar en deuda con él. Si lo exige, será porque se le debe, es el pensamiento del padre o de la madre que viven así a su hijo. Y en parte es razonable que los padres tengan este sentimiento de culpa, porque piensan que siempre pudieron hacer algo más. Además, es posible que en un momento de la vida del niño haya ocurrido algo que efectivamente le ha hecho sentir una carencia desproporcionada o a destiempo. Es también posible que los adultos quieran remediar su ausencia satisfaciendo los

caprichos de los niños. Dar cosas en lugar de presencia es uno de los graves problemas educativos de nuestra sociedad⁸.

Adultos educados sin límites coherentes

Aprendemos a ser padres de nuestros propios padres. Bien por imitación directa, bien por un empeño casi obsesivo de hacerlo mejor que lo hicieron ellos, el caso es que la forma de ejercer la parentalidad de nuestros propios padres es un modelo fundamental para nuestra propia manera de ser madres o padres. Aquí también se da una importante transmisión generacional, y los hijos educados sin límites estables, coherentes y razonables tienen mucho riesgo de educar de esta manera a sus propios hijos. También es posible que, como reacción, se conviertan en padres y madres excesivamente exigentes o sencillamente caprichosos a la hora de decir sí o no a sus propios hijos.

La escuela es, sin duda, uno de los factores más importantes a la hora de romper la fatalidad de la transmisión de actitudes educativas poco razonables⁹.

Una ráfaga de «hipermodernidad»

La permisividad y la excesiva complacencia en la educación surgen muy probablemente como reacción al excesivo rigor impuesto por los poderes, ayudados por determinadas ideologías. Es decir, hay en el fondo de esta ausencia de límites una idea revolucionaria y positiva. Pero, como tantas veces ocurre, la necesidad imperiosa de reaccionar frente a situaciones injustas acarrea

también grandes injusticias. Lo importante es que se puedan reconducir los procesos por vías de racionalidad.

Negar a un niño algo, ¿por qué? Dejémosle que se desarrolle en libertad, sin frustraciones, sin límites. Sabemos perfectamente a dónde conduce esta posición. Conduce entre otras cosas a favorecer los planteamientos educativos más reaccionarios a la vista del fracaso de los más «progresistas».

A modo de conclusión

La personalidad del niño, por lo tanto su estilo de relacionarse con el mundo, se construye en una dialéctica relacional. Padres y educadores influyen de una manera muy especial en este proceso que se apoya sobre dos grandes pilares: el amor y los límites. Educar a un niño exige quererlo. Querer a un niño, ayudarle a crecer, es proporcionarle estímulo, cuidados,



protección, espacios y ambientes adecuados... Pero querer a un niño es también ponerle límites a sus fantasías de omnipotencia. Decir no a un niño es también una manera de ayudarle a reconocerse a sí mismo y a encontrar las vías más sanas para la realización de sus deseos, respetando el espacio y los deseos de los demás.

Puede resultar chocante decir que es necesario poner límites después de haber construido un imaginario colectivo en el que todo es posible y todo inmediatamente realizable. Pero sabemos que un niño, una niña, que crecen en la creencia de que pueden hacer como quieren, obtener cualquier cosa, y satisfacer sus caprichos sin las limitaciones que la realidad y la convivencia con los demás exigen, son niños y niñas abocados a un comportamiento antojadizo y voluble, cuando no antisocial. Y esto para desgracia de ellos mismos, de quienes tengan que convivir con ellos y de la sociedad en general.

El convencimiento y la seguridad en nuestros sentimientos positivos hacia los niños y nuestro respeto a su autonomía y su libertad son justamente las fuentes de donde extraemos la autoridad moral y la firmeza necesarias para saber decir también *no*. ■

Notas

1. Winnicott explica esto de manera magistral y sencilla.
2. Siempre he encontrado cierta convergencia entre Winnicott y Piaget en este tema
3. Y, por cierto, una de las expresiones más importantes y más tempranas de los límites, es el cuerpo de la madre. Puede decirse, en este sentido, que, para el desarrollo sano del niño, tan importante es amamantar como destetar. Quizá fuera bueno dedicar a este tema una reflexión más amplia, porque a veces nos dejamos arrastrar por modas que, surgidas de ideas interesantes y buenas, pueden desembocar en actitudes esperpénticas.
4. Señal, por otra parte, de una diferenciación temprana entre el sujeto y el objeto. Posiblemente en este aspecto las posiciones de M. Klein y Winnicott no sean tan distantes como parece.
5. La vida de cada niño es única e irreplicable, por tanto también la historia de sus relaciones con los demás. Por eso, lo que damos aquí son sólo algunas pistas, recogidas, como siempre, de los estudiosos del tema y de los testimonios de niños y niñas, madres y padres con los que he tenido la oportunidad de conversar.
6. Algo que consideramos muy injusto y perjudicial para muchos hijos y para sus madres y sus padres. Aunque las soluciones no son nada fáciles, es urgente analizar esta situación en la que viven miles de niños y adoptar en cada caso las medidas más razonables y no las que impone la mera inercia de la costumbre o la justicia. No es en absoluto razonable que, por la separación de los padres, los hijos pierdan en gran medida a la mitad de su familia.
7. *Infancia* núm. 87 (en este artículo recogía en parte esta idea interesante desarrollada por el Profesor Juan Manzano).
8. Esto me recuerda que en la mayoría de las empresas, incluidas las públicas, el capítulo uno de los presupuestos, es decir, el capítulo de personal, es el más difícil de modificar al alza. Es más fácil conseguir nuevos equipamientos, maquinarias, etc. Que un nuevo profesional. La relación con las personas es en todos los sentidos más exigente que la relación con las cosas. Pero es también, sin comparación, más rica.
9. Tengo la costumbre de pedir a los niños cómo ven a sus maestros. Puedo asegurar que la valoración más o menos positiva no es directamente proporcional a la permisividad del maestro. Tengo que decir que la inmensa mayoría de los niños, sobre todo pequeños, tienen en alto aprecio a sus maestros. La maestra o el maestro representan, sin duda, para los niños figuras parentales idealizadas.